

John H. ELLIOTT, *Haciendo historia*

LA ESCRITURA DEL RECUERDO EN PRIMERA PERSONA: SOBRE *HACIENDO HISTORIA* DE ELLIOTT

Tenemos ante nuestras manos, apacibles lectores, una obra de las que, a buen seguro, el cura y el barbero habrían salvado de las llamas en el donoso escrutinio de la biblioteca del hidalgo. Por eso, la conservaré. Y también sus enseñanzas.

Porque en *Haciendo historia* quienes nos pasamos la vida queriéndola hacer lo mejor que nos han enseñado nuestros maestros y la otra gran maestra que es la experiencia, tenemos una obra de referencia completa, acaso de las que se habrían salvado del expurgo. Los argumentos dados por el licenciado para no mandar al corral el *Palmerín de Inglaterra* son exactamente los mismos que me atrevo a proponerte para que tengas este libro de entre los reservados de tu biblioteca: “Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto...” otrora rey de Portugal, hogaño maestro de nuestro quehacer. Y es que, efectivamente, siguiendo con los argumentos en defensa de *Palmerín* y de *Amadís*, las claves para salvar del fuego el libro estaban en que son “las razones [que da el autor], cortesanías y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento”.

Razones cortesanías y claras; decoro, propiedad y entendimiento.

Siete vívidos apartados componen esta obra en la que un autor propone la propia explicación de su vida como escritor de historia. ¡Es refrescante y necesario que quienes nos han precedido sigan abriendo brecha mostrándonos cuál ha sido el camino! ¡Lo que habría dado por haberlo tenido entre mis manos para mis alumnos cuando daba clases de “Métodos de investigación histórica”!

Porque este libro, “personal e impersonal”, en las palabras de su propio autor recoge la experiencia vivida desde 1950 en adelante por un historiador, no por un contador de historia(s), sino por un intelectual que ha reflexionado sobre los fundamentos epistemológicos de su quehacer.

El punto de partida de su automirada son escritos suyos, a partir de los cuales traza el panorama histórico e historiográfico de sí mismo y de lo que ha aflorado a los lados del camino.

No es un texto dogmático, en el que el autor tenga la razón en todo, defecto tan usual en tantos libros de metodología histórica en los que al pobre alumno se le exponen resultados y fenómenos como si no hubiera ideología tras el autor que tan sesudamente ha escrito tanto, sino que nuestro autor ha procurado en esta obra y en su vida, seguir la senda de una tolerancia a la hora de entender el pasado. Y, claro, concluye “creo que la teoría es menos importante para escribir buena historia que la

capacidad de introducirse con la imaginación en la vida de una sociedad remota en el tiempo o el espacio”.

Y como quiera que la obra ha sido parida por uno de los últimos representantes de la era predigital, el libro en sí tiene algo de documento histórico.

Advertidos con estos prolegómenos, podemos sumergirnos en la “experiencia inmensamente gratificadora” que es escribir historia, llevados de la mano de J. H. Elliott.

Los recuerdos de Elliott forman parte de una suerte de escritura del recuerdo en primera persona, en donde prima una línea argumental magistral: en qué han consistido los fundamentos ideológicos, o los subjetivos, del autor a lo largo de toda su vida. En Elliott son conocidas sus calidades retóricas, esa fluidez en la escritura que sólo la domina el que está en paz consigo mismo, con su intelecto.

De esa manera, la septena de capítulos que nos ofrece Elliott responden a otras tantas preguntas existenciales guiadas cada una de ellas por la necesidad de comprender tanto a otra sociedad distinta de la suya de cuna, cuanto a otra sociedad que ya era del pasado cuando él la empezó a conocer..., pero que, sin embargo, fue viendo que no estaba acabada del todo, que subyacían en los comportamientos de los españoles de 1950, de 1975 y aún más recientes.

Así sólo unos cuantos son los grandes hilos argumentales de su vida historiográfica. Por un lado, las relaciones políticas (por ejemplo del centro y la periferia y viceversa); las consecuencias de la expansión atlántica; la necesidad de recuperar físicamente aunque sólo fuera la correcta disposición de una soberbia colección de cuadros en su emplazamiento original; la necesidad de mirar más allá de lo propio buscando en la historia comparada los enormes grados de similitud entre hombres, fenómenos, respuestas a problemas que hubo a un mismo tiempo; la reivindicación del hombre como agente y sujeto principal de la Historia... ¿Sólo unos cuantos?, ¡pero impresionantes!

Con esos mimbres y algo de sentido del humor (con el que parece disfrutar más en el cara a cara que por escrito), John H. Elliott penetra en los recuerdos de su propia vida, pero también hace un sereno repaso historiográfico a corrientes, autores, maestros y corrientes. Y con magistral serenidad una y otra vez refuerza sus convicciones. Se trazó unas líneas científicas, o le ayudaron a diseñarlas sus profesores y maestros, y él les fue dando vida. Una vida que le convencía a él y que, ciertamente, conforme contrastaba con unos u otros, con algunos aun con lágrimas en los ojos porque se sentían pisoteados (su relato sobre quienes fueron para él Soldevilla o Vicens Vives es, sencillamente espectacular, y recuerda al juego de espejos de Richelieu y Olivares), ese contrastar con reflexiones sensatas, le hacía confirmar sus hipótesis y en ocasiones abrirse nuevos caminos.

Detengámonos en unas cuantas reflexiones, que hay que sintetizar y aunque quisiera hacerlo en verso, como Cervantes en “El canto del Calíope”, o en el *Viaje del Parnaso*, hay un algo que me advierte que aunque Elliott hace un interesante repaso a autores, obras y cualidades (como Cervantes en esos dos manuales de crítica literaria), me da la sensación de que sacaríamos los pies del tiesto.

Desde luego, un apartado sorprendente, acaso por la novedad para el lector medio español, o porque se halla al principio del libro, digo que un apartado sorprendente es la esmerada reflexión historiográfica que hace del mundo británico allá por 1950;

la más rápida de lo que acontecía en España (y las palabras dedicadas a Batista i Roca son reconfortantes: siempre me ha parecido que su preámbulo a *La práctica del Imperio* de Koenigsberger arrancaba con una fuerza que se perdía conforme se iban escribiendo las páginas), en donde lo que más se graba es el respeto a don Antonio Domínguez Ortiz y finalmente sus primeros escauceos con Braudel y Lefebvre, para acabar reconociendo la influencia y magisterio de este último.

De todo ello, de toda esa colección de homenajes a los maestros y a la historiografía, ¿alguna sentencia que destacar? Tal vez me quedara con la frase que él recoge de su propio maestro, Herbert Butterfield, “todas las historias son informes provisionales” y la obligación del historiador es hacer dar un paso adelante al lector. Resulta que como nuestro oficio está cargado de aprehensión del conocimiento del pasado y su transmisión de cara al futuro, en donde pasado, presente y futuro son –digamos– lineales, me encanta recoger aquí esa idea: “Todas las historias son informes provisionales”. No existe en nuestra ciencia lo definitivo.

Lo anterior hace alusión a la humanidad recopilada, recordada, en *Haciendo historia*. Como humanidad hay en el narrar su descubrimiento de España, su búsqueda de casa en Barcelona, las dudas primeras en sus investigaciones, las sensaciones de amargura, o su reiterada alusión a que le han movido la comprensión del otro, el hallazgo de que con la extranjería se podían romper códigos culturales herméticos, su necesidad íntima de armonizar puntos de vista contrarios para enfrentarse.

Pero la obra de Elliott en su conjunto, y la exégesis que él hace ahora, tienen más: por ejemplo, una pausada reflexión que a buen seguro va mucho más allá de lo que se puede exponer en unas páginas, sobre los dos síndromes que han asolado la Historia de España: el de pueblo escogido y el de víctima inocente. En el desenredar la madeja, expone sus reflexiones (pp. 68 y ss.) y sus temores al reduccionismo, al simplismo. Y entonces, vuelve a recordar a Febvre y su análisis del Franco-Condado, territorio que en los debates soberanistas, provinciales, o estatistas, le sirvieron de modelo interpretativo: “esta era exactamente la situación de Cataluña en el mismo periodo” (p. 71).

Despejada la incógnita de la situación “soberana” de Cataluña, con su finura y suavidad habituales, pasa a un nuevo tema, el de la patria o el nacionalismo o esas construcciones sentimentales, e incluso esos fundamentos que definió Pérez Zagorín (que tanto respeto sentía por Elliott), del “pasado normativo”, o como él dice, la “constitución antigua” (p. 73). Y, de nuevo, el decorado vuelve a ser el recurrente de unas sólidas convicciones: historia comparada, historia transnacional, historia cronológica, o el gran fundamento de la unidad y variedad. Sin saber cómo nos ha llevado hasta ahí, nos encontramos con los debates sobre los orígenes de las revueltas y rebeliones que hubo simultáneamente por Europa; y aquel ambiente que se creó desde *Past and Present* o que el propio Elliott y sus colegas alimentaron. Él, fundamentalmente, adoptando posiciones que le alejaban del maximalismo económico y social a largo plazo, para conformarse con las causas que derivaban de las “iniciativas tomadas por el príncipe y su aparato estatal” más que las “presiones desde abajo” (p. 81).

Y aclaradas con semejante suavidad –insisto– cuáles son para él los determinantes de un estallido social (o por qué no lo hay), vuelve a meternos de lleno en la historio-

grafía más reciente, la de “la cultura política, la naturaleza de la realeza y las cortes reales y el funcionamiento de los sistemas de patronazgo y clientela” (p. 82).

Desde estas nuevas corrientes historiográficas (que en la bibliografía propuesta por Elliott estaría sancionada a partir de 1996, Reinhard, *Power elites...*), ¿no hubo rebeliones por los lazos de la dependencia personal, el sistema de gobierno negociado, el poder de la espada que se parapetaba tras el poder de la palabra? Y la respuesta es, cómo no, múltiple: la concentración de más poder en los gobiernos centrales, la combinación de miedo e interés propio y la domesticación de las élites rindieron los frutos que la Historia se limita a mostrar.

Innovadora es su reflexión sobre la necesidad de la práctica de una “historia transnacional” que no es la de las relaciones internacionales, al uso político clásico, sino la consecuencia de la práctica de “los monarcas y ministros [que] no cesaban de observarse y aprender mutuamente” (p. 91), dándose a la luz dos modelos fundamentales y diferentes de organización política que no serían removidos hasta la Revolución Francesa, “aunque no se logró arrasar con todo” (p. 93).

En conclusión, lo que el historiador ve hoy, le marca en su lectura del pasado. Ayer nos hicieron una historia distorsionada de los “estados”: ¿por qué no la vamos a estar haciendo ahora también deformada? Y anticipa un tema crucial que, seguramente, se desarrollará en un futuro no tan lejano y que es que cualquier alumno en Austria siente la necesidad de que se le dé una respuesta a una inquietud: ¿puede hacerse una historia comparada del Imperio austro-húngaro o de la monarquía compuesta de España bajo la Casa de Austria, -y añade Elliott a esa ficticia pregunta-, “ambas relegadas por los historiadores del Estado-nación al vertedero de la historia” y que por tanto “pueda[n] tener algo que decir todavía a una época muy diferente”? (brillante final de la p. 97).

Seguirá el deambular del lector por la reputación, la reformación, la conservación, el servicio o la merced, para explicar en efecto, el ejercicio del poder. Y así, además de Olivares y Marañón, están presentes Lipsio, Kantorowicz, C. Geertz, Tomás y Valiente, el Diccionario Biográfico de la Academia de la Historia (tan cruel e injustamente vilipendiado), y la defensa de que “un enfoque biográfico” sirve para “la comprensión del pasado”, lo cual es una manifestación de principios, como lo es que, al hacer biografía no puede –ni hay– un método común porque, ciertamente, debido a mil y una circunstancias, cuando se escribe sobre un personaje “cada historiador tendrá que encontrar su propio camino a través del laberinto” (p. 132).

Las reflexiones sobre las “Percepciones de la decadencia” son de nuevo una magistral lección, en el sentido de *lectio* universitaria de búsqueda de definición de un concepto, o de análisis de unas evidencias y sentimientos que desde Spengler a Toynbee o al regeneracionismo de Costa, a los del 98, a Castro o Albornoz, han moldeado la idea de la posibilidad de un esencialismo español. Y en las páginas de Elliott aparecen de nuevo pinceladas expresionistas que recogen, no con la brevedad de Cervantes en tres o cuatro versos por autor, pero sí con su misma concisión, ideas, escritos y guías interpretativas de Hamilton, P. Vilar, o de los arbitristas políticos de principios del XVII (que no lo fueron todos), para acabar planteándose, según su método retórico, la pregunta: ¿es la decadencia un estado de ánimo creado, o es una realidad objetiva? Y la respuesta tiene tres salidas: “la decadencia puede ser relativa, o absoluta, o una

combinación de ambas” (p. 153) y concluye rotundamente desoyendo otros cantos de sirena: la situación en España, a finales del XVII era evidente: “el país no gozaba del poder y prestigio internacional” que había tenido medio siglo antes, o aún más. Vuelve entonces a echar otro reto: el estudio de la decadencia española, le trae a las mientes el de Gibbon sobre Roma. Es muy llamativo, es atractivo incluso, ver el desplome de los imperios. Pero, por el contrario, “la supervivencia, sin embargo, conduce a un relato diferente y menos espectacular” (p. 155). Desde luego, en ello estamos muchos, en ver cómo es posible sobrevivir durante tanto tiempo en condiciones tan fascinantes de lealtad a una dinastía, a una religión, y a unos pactos.

Poco más, que no haya sido apuntado ya se puede decir. Acaso resaltar su exaltación de la amistad con J. Brown; acaso la sabia sentencia de que la historia no es sólo “acumulación de información y despliegue de conocimiento”, sino también “la lectura y reflexión sobre la de historiadores pasados y presentes”; que el hacer historia es el momento culminante de un proceso de enriquecimiento personal en el que han cabido colegas, archiveros y predecesores (“*ubi sunt qui ante nos fuere?*”) y que, en fin, “es la comprensión lo que está en el corazón de la empresa histórica y este libro habrá alcanzado su propósito si se lee como testimonio de un historiador que ha intentado comprender”.

Comprender. Esa es su gran lección. No imponer.

Cuando daba clase invitaba (¡inducía!) a mis alumnos a leerse las *Reglas y consejos de la investigación científica* de Ramón y Cajal. El subtítulo decía todo lo que había en el libro, *Los tónicos de la voluntad*.

¡Qué duda cabe que estas memorias científicas de Elliott servirán para tonificar las voluntades de jóvenes historiadores, y aun ya no tan jóvenes, o de gentes del común que quieran saber en qué consiste el oficio, las inquietudes, los miedos y sobre todo los logros del quehacer histórico!

A veces me asaltan las dudas de que si nuestros maestros pasarían hoy por comités de evaluación de tantas cosas que tanto distraen y que no hacen caballeros, sino distinguidos duques de Ínsulas Baratarias. Y entonces, no sé por qué, me reconforto, otra vez, con los sueños de mi razón –que hacen monstruos– y los de Cervantes:

“–Muchos [han sido los andantes] –respondió don Quijote–, pero pocos los que merecen nombre de caballeros” (Quijote, II, VIII).

De entre estos pocos, Elliott.

Vale.

Alfredo ALVAR EZQUERRA
Instituto de Historia, CSIC
Académico Correspondiente de la RAH

“COMPONRIENDO MONARQUÍAS”

DEL ARCHIPIÉLAGO BRITÁNICO AL MEDITERRÁNEO

En el relato de su vida como historiador que, a modo de balance personal y de reflexión compartida nos ofrece John Elliott en *Haciendo historia*, ocupa un lugar destacable, como en la vida de cualquier persona, la explicación de los motivos y circunstancias que dieron lugar a decisiones importantes para su futuro. Existen los impulsos, las inclinaciones más íntimas, las sensaciones intuitivas, lo que llamamos, en suma, la vocación, pero incide también, en el camino que se toma finalmente, el factor de las circunstancias, los contactos y conexiones con profesores y maestros, un encuentro con una determinada persona en un lugar y momento en que, a su vez, diferentes circunstancias les han hecho coincidir, el hallazgo de un libro, de un documento en un archivo...

Al explicar los móviles y estímulos que propiciaron su dedicación al estudio de la decadencia imperial española, cuando al entrar en la veintena de años vivía con expectación los efectos reformistas del gobierno de Clement Attlee, cuenta Elliott que en el momento de tomar la decisión de cuál podría ser su objeto de interés definitivo, su “*field*”, pesaba en su ánimo, inevitablemente ligado a los avatares de su país, el sentimiento de estar viviendo una época en la que, al igual que en la España del Barroco, se sentía la necesidad de una reflexión profunda sobre el futuro. En ambos casos, estaba en juego lo que había sido, y quería seguir siendo, una organización política de amplio espectro, que siguiera acogiendo a una extensa, numerosa y plural comunidad de personas que reunía gentes de diversos países, lenguas y culturas.

En ese punto aparece, como el mismo autor nos cuenta y ha repetido en otras ocasiones, su “encuentro” en el Prado con la figura del conde duque de Olivares. Era consciente Elliott, tal como reflejaba el cuadro, de que estaba ante un hombre que mandaba sobre una estructura gigantesca, formada en ese momento no por uno sino por dos imperios, el español y el portugués, que había ocupado durante más de dos siglos un lugar adoptado luego, en cierto modo, por el imperio británico. Así como este último, el del joven estudiante, había alumbrado el proceso en un doloroso y dramático parto, el hombre que mira desde lo alto de su majestuoso caballo, tiene en su mente y en su corazón un enjambre de problemas y preocupaciones. Elliott explica muy detalladamente el paso que dio cuando decidió dedicarse al estudio de uno de esos problemas. He aquí de nuevo la circunstancia, el factor aparentemente casual, que le lleva a Cataluña, donde el estudioso que viene de fuera define su manera de entrar en el país tomando dos decisiones: convivir con una familia barcelonesa y aprender la lengua catalana. De ese modo, además de pasar directamente al conocimiento de instrumentos y realidades que iban a estar en el centro de su investigación, ahorra mucho tiempo y pasos difíciles para acceder al mundo de los historiadores y de los archivos.

Elliott narra con detalle su encuentro con Ferrán Soldevila y la conexión que estableció con Jaume Vicens Vives. Creo que puede afirmarse, siguiendo el hilo del relato, que Elliott descubrió el Mediterráneo a través de Braudel, primero, y fue tomando

conciencia de lo que representaba y de lo que había sido la Corona de Aragón en el Mediterráneo occidental bajomedieval, de la mano de los dos maestros catalanes citados, sin olvidar a Pierre Vilar.

Se acumulan las razones para entender de forma muy completa y profunda hasta qué punto estaba ante sus ojos una monarquía compuesta. Quizá fue Vicens Vives quien más contribuyó a esa percepción. Se aprecia en la obra inicial de Elliott (*La España imperial* y *La rebelión de los catalanes*) la naturalidad con la que hizo suyas las tesis de un Vicens Vives que había completado un detallado y profundo estudio sobre los Trastámaras que reinaron en la Corona de Aragón, y había expresado ya en 1940, a modo de un atlas histórico-político, hasta qué punto era necesario contar con los componentes geopolíticos, tomados globalmente, en su evolución histórica y dentro de su contexto económico y social. La conexión entre su visión ya muy asentada de la pluralidad de la Monarquía hispánica y la experiencia mediterránea aparece en *La España Imperial* y varios trabajos de Elliott, si bien puede servir de apretado resumen esta concluyente afirmación: “El método utilizado para conectar el centro de la Monarquía hispánica con la periferia, fue construir y ampliar, sobre un sistema ya existente en la España de Isabel y Fernando, fuertemente deudor de las prácticas de gobierno del imperio catalanoaragonés de la Baja Edad media” (*España y su mundo*, p. 36).

Resulta natural que Elliott se inclinara hacia esta forma, digamos, mediterránea de entender las razones de la Monarquía de los Austrias para atender a su estructuración pluralista. Pero al pasar a estudiar una de sus partes y el conflicto vivido con ella, y dentro de ella, en 1640, es decir, al entrar en profundidad en la revuelta catalana, topó con las instituciones y, como parte ineludible de éstas, con su componente humano, profesional, técnico y letrado, concentrado en Cataluña en su Audiencia, tribunal que resolvía las causas judiciales y los asuntos de gobierno en una última instancia. Seguramente Elliott tuvo que hacer un gran esfuerzo para entender el funcionamiento de este complejo institucional en términos de despliegue del derecho, ejercido en el día a día por letrados impregnados del derecho canónico y eclesiástico, tal vez al modo de Walter Ullman, el profesor cuya línea de análisis, nos cuenta Elliott, había desechado. En la *Rebelión de los catalanes* se aprecia perfectamente ese esfuerzo, con espléndido resultado. Pudimos aprovecharlo en un seminario que me correspondió impartir en mis inicios docentes en Barcelona. El libro de lectura obligada y de seguimiento detallado fue esta obra en su edición catalana (en mi caso fue el primer libro que leía entero en catalán) o castellana, indistintamente.

Juntamente con *La revolta*, tuvimos ocasión de analizar la monografía de Jesús Lalinde sobre la institución virreinal en Cataluña. A esas alturas fui consciente, junto con los estudiantes catalanes que siguieron el curso con entusiasmo, y tuvieron ocasión de descubrir su apasionante y un tanto atormentado pasado, de que las conclusiones principales de los dos autores eran muy cercanas entre sí, muestra clara de cómo ambos habían pasado a poner el acento en los componentes más sólidos, estables y dotados de continuidad: “Los jueces se convirtieron así en ministros reales en el más amplio sentido de la palabra. No solo formaban parte de la administración real, sino que la debilidad de las otras partes significaba que, a todos los efectos, ellos ‘eran’ la administración real.” (*La rebelión de los catalanes*, ed. de 1982, p. 82). En su estudio

sobre la institución virreinal, afirmaba Lalinde que la Audiencia “se compone de doctores” (p. 149). El virrey actúa con su asesoramiento, pero en el medio y largo plazo se constata, afirmaba Lalinde, que “el órgano se ha hecho tan indispensable que los virreyes se encuentran impotentes si carecen de él”.

LA UNIDAD Y SUS GESTORES REALES EN EL LARGO PLAZO DE LA ACCIÓN DE GOBIERNO

Elliott consiguió un alto grado de conocimiento de todo este complejo institucional, por lo que no resulta sorprendente, sino todo lo contrario, una conclusión tan contundente como la siguiente: “Fueron estos letrados al servicio del gobierno, los que realmente mantuvieron unida la monarquía española” (*España y su mundo*, p. 38). Esta afirmación es especialmente cierta si añadimos a ella que aquellos letrados contribuyeron en algunos casos a proponer soluciones, y se concilia muy bien con la sugerencia tan clara que proporcionaba Lalinde: “...en aquella época los escritos de los autores de cada uno de los reinos pesan extraordinariamente en los otros”. Efectivamente, existe una red orgánica, pero también la proporcionada por los cientos de responsables de alto y medio nivel, que intercambian tanto sus experiencias, como sus libros y sus estilos de actuación en los diferentes puntos de tan vasta monarquía.

Todas estas progresivas conclusiones, maduradas a lo largo de su cada vez más preciso conocimiento de la Monarquía Católica, se tejían desde una constante y siempre presente visión comparativa, con el enfoque más global posible. Se entiende que, cuando publica en noviembre de 1992 el clásico y fundamental artículo sobre las monarquías compuestas (“A Europe of composite monarchies”, *Past & Present*, 137, pp. 48-71), se apresure Elliott a precisar que, vistas en perspectiva europea, única válida, constituían aquéllas mucho más la regla que la excepción. Su definición y caracteres en el caso de la Monarquía hispana, podríamos añadir, convertían en innecesario, por redundante, el adjetivo “compuesta”, pues se trataba de una monarquía “*habente plura regna*” como condición inherente a su constitución.

Estas apreciaciones daban paso a un detallado análisis del panorama que ofrecían las monarquías compuestas. La fórmula que más gráficamente expresa el tipo de vínculo federativo empleado para unir a los integrantes de estas monarquías en el mayor nivel de jurisdicción y competencias era la unión “*aeque et principaliter*”. Se basaba Elliott en Solórzano Pereira para ilustrar el caso, lo que ha dado lugar a un extendido uso de la cita. Sin duda el gran magistrado indiano, que tuvo durante muchos años altas responsabilidades de gobierno y de administración de justicia, y acertó a plasmar esa experiencia en una admirable obra doctrinal, se ganó los motivos para ser citado en esta materia, aunque tuviera claros precedentes. Anthony Pagden (*Señores de todo el mundo*, ed. española de 1997, dedicado precisamente a Elliott, p. 182) apreciaba la conexión que para la cita solorciana cabía reconocer a Camilo Borrell, autor, a su vez, de un magno tratado sobre la composición de la Monarquía Católica (*De Regis Catholici praestantiae*, Milán, 1611). Borrell fue un magistrado napolitano del cambio de siglo (del XVI al XVII), que se tomó el trabajo de editar, con sus comentarios, otra magna obra, la de Pedro Belluga (*Speculum Principum ac Iustitiae*, ed. de 1580 tomada de la primera de 1530). Belluga fue un jurista valenciano del siglo XV que,

al estilo de los magistrados que hemos glosado en los párrafos anteriores, actuó también en la escena política como asesor directo de Alfonso el Magnánimo, cuando éste gobernaba la Corona de Aragón desde Nápoles y Sicilia a mediados del siglo XV. Belluga supo plasmar perfectamente en su obra lo que era, a la sazón, una experiencia de administración y gobierno de un amplio y diverso entramado de reinos situados entre la fachada occidental ibérica del Mediterráneo y la oriental itálica sículo-apolitana.

EN TORNO A LA DEFINICIÓN Y CONTENIDO DE LAS MONARQUÍAS “COMPUESTAS”

De nuevo nos encontramos con la posibilidad de identificar recorridos académicos y circunstancias personales, pues al referirse al creador de la expresión “monarquía compuesta”, Elliott reconocía tal mérito a su amigo Helmut (Helli) Koenigsberger, para desmentir la extendida opinión, incluida tal vez la del propio Koenigsberger, por la que se atribuía dicho mérito al primero. No debe sorprendernos, creo, que Koenigsberger, se hubiera familiarizado con el contenido de la expresión, habiendo trabajado tan a fondo en el conocimiento de la estructura y funcionamiento de las instituciones del reino de Sicilia, ligado desde el *Vespro* a la corona aragonesa y luego a la austríaca, primero española y luego vienesa. En su monografía sobre Sicilia en tiempo de Felipe II (1ª ed. en inglés, 1951), se sumergió en el conocimiento de los precedentes aragoneses (p. 51 de la ed. de 1989) desde Pedro III hasta la época de Alfonso el Magnánimo, esta última subrayada especialmente. Pero lo mismo hacía con las estructuras centrales, tanto del propio reino siciliano, como la de su conexión con la corte central regia, fuera ésta itinerante, en tiempo de Carlos V, o asentada en Madrid, a partir de Felipe II. Por cierto, la primera edición de este libro (la inglesa de 1951), se abría con un prólogo de J. M. Batista y Roca, que ofrecía una magnífica síntesis de la estructura de Consejos que caracterizaba a la Monarquía española, y ayudaba a comprender la ubicación del reino siciliano en aquella. Elliott cuenta que lo conoció en Cambridge, que trató con él sobre el proyecto de investigación y que le ayudó facilitándole cartas de presentación para ponerse en contacto con varios historiadores catalanes: otro dato aparentemente insignificante y casual, pero que parece encajar muy bien en la trayectoria luego seguida.

APRENDIENDO DEL ENEMIGO

Por supuesto que Elliott no perdió nunca de vista las motivaciones iniciales de su quehacer historiográfico, la que su propia realidad británica traía consigo. De nuevo aplicó la visión comparativa. Era muy consciente de que mientras la experiencia española se extendía en el espacio y en el tiempo, los ingleses estaban afanados en “aprender del enemigo” (*España, Europa y el mundo de ultramar*, ed. de 2009, p. 55 y ss.) en los inicios de la empresa de la unión angloescocesa. La extraordinaria fuerza intelectual de Sir Francis Bacon, unida a la influencia de las sugerencias de un experto jurista italiano exiliado en Londres, Alberico Gentili, desembocó en una clara preferencia por las fórmulas de concentración del poder y evitación de la dispersión que estos analistas atribuían a la Monarquía española. Pero al mismo tiempo, preten-

dían una expansión territorial que cuando empezara a producirse, les iba a obligar a dar solución a los problemas que la simple extensión y diversidad de territorios ocasionaba. En otras palabras, a principios del siglo XVII rechazaban los británicos una fórmula que más adelante tendrían que adoptar y adaptar. Aunque se refiere a los modos de colonización, una frase de Elliott puede servir para resumir toda la relación anglo-española (*Imperios del mundo atlántico*, p. 590): “bajo la reina Isabel y los Estuardo, los ingleses disfrutaron también de la ventaja incalculable de poder tomar a España primero como modelo, después como advertencia”.

Andando el tiempo, en la larga historia del Imperio británico no fue secundaria la intervención de éste en el Mediterráneo occidental. En una sugerente, y tal vez atrevida, propuesta interpretativa, Miguel Herrero de Miñón (*La triple vida de la constitución aragonesa*, conferencia pronunciada en la Universidad de Valencia en noviembre de 2012) traza posibles líneas de influencia entre la experiencia en el modo de estructuración territorial del Mediterráneo occidental, primero aragonesa, luego habsbúrgica-española, y la línea *whig* de gobierno que había estado cercana a las aspiraciones austracistas en la Guerra de Sucesión. Esta influencia habría tomado cuerpo por el contacto directo del gobierno británico con los partidarios del archiduque Carlos en el citado macroconflicto, cuestión ésta tratada por Elliott con Ernest Lluch, según me contó éste en varias ocasiones, cuando coincidieron ambos en Princeton.

Posteriormente, al final del siglo XVIII y el paso al siguiente, la participación inglesa en la resistencia antifrancesa tuvo una plasmación bastante definida, siguiendo la línea de reflexión de Herrero (p. 22-23), en textos e iniciativas basados en el análisis de varias experiencias del Mediterráneo occidental, siempre en la búsqueda de la conciliación armónica entre unidad y diversidad. Curiosamente, fue un Elliott (Sir Gilbert) quien tuvo ocasión de conocer esta disposición en Córcega, junto con otros comisionados británicos encargados de organizar la estructura de gobierno en Malta (Windham y Ball) y Sicilia (Lord William Bentinck). Miguel Herrero sugiere que la línea de influencia no termina aquí, sino que está también presente en los aspectos más generales, en cuando a disposición estructural, del llamado *Durham Report*, el cual nos lleva insensiblemente a 1931 y a la cimentación de la *Commonwealth*. Un año antes había nacido nuestro autor, lo que nos permite cerrar este párrafo conectándolo con los primeros y con las preocupaciones del joven estudiante que buscaba su ubicación como historiador.

En un seminario celebrado en San Sebastián en octubre de 2008, recuerdo que presentó Elliott su ponencia confesando que si tuviera que señalar un solo estímulo personal como aliciente para la investigación, seguramente tendría que elegir el de comprender lo mejor posible el funcionamiento de las estructuras que ayudan a conciliar la diversidad y la unidad. En su *Haciendo historia*, creo que se confirma este aserto, que nos ha permitido el recorrido por las conexiones, más o menos casuales, con determinados colegas de Sir John, grandes maestros para quienes hemos intentado aprender de ellos, por lo que merecen el reconocimiento que, de forma más o menos consciente, he pretendido en las líneas precedentes.

DE MONARQUÍAS COMPUESTAS A LA “COMPOSICIÓN” Y ARREGLO DE LAS MISMAS

Pasados cincuenta años de dedicación al oficio, tras haber estudiado tan a fondo el funcionamiento de las monarquías compuestas, no son escasas las reflexiones y juicios de Elliott sobre la manera de “componerlas” actualmente. En vasco aún usamos el verbo “*konpondu*”, de componer, para el significado del verbo “arreglar” (por ejemplo un reloj o un conflicto). Sin embargo, cuando en el siglo XIX se habla en España del “arreglo” foral, más que de reparar la estructura dañada se quiere decir que necesita ésta ser ordenada conforme a unas reglas: era el régimen de las Vascongadas y Navarra, y por ende el de toda España, reducida de nuevo en su historia al espacio peninsular ibérico, el necesitado de “arreglo”, de ser sometido a nuevas reglas, dado que pasaba de una estructura amplia, extendida por varios continentes, a ordenar su futuro en el estrecho espacio peninsular.

Esta necesidad de adaptarse a un espacio reducido sin perder de vista el pasado de amplias perspectivas y dimensiones, confluía, lo decía muy bien Elliott en un seminario en Oxford en marzo de 2006 (publicado como *Forms of Union*, 2009, p. 19), en el esfuerzo que tanto en España, con la Constitución de 1978, como en el Reino Unido, con el proceso de “*devolution*”, se estaba haciendo para poner en funcionamiento nuevas y efectivas formas de unión que resultasen ser apropiadas para los nuevos tiempos. Volviendo a los significados de “componer” y “arreglar”, se mostraba Elliott optimista sobre lo que todos podemos aprender del pasado, especialmente, traduzco del inglés, por parte de los “ahistóricos” políticos, pues, decía el maestro para finalizar, “los problemas derivados del vivir juntos, lo que los españoles llaman ‘convivencia’, son problemas de siempre, y siguen siendo cruciales ‘*to our survival*’”. Se trata de dar con las reglas adecuadas, pero sin olvidar la “composición” y búsqueda de la armonía entre personas y comunidades, pues —añadía para terminar su conferencia—, “el debate abarca no solamente la unión constitucional sino algo más importante: la unión de mentes y corazones”. Han pasado siete años desde aquella intervención, pero estaremos de acuerdo en la gran actualidad que aquellas palabras siguen teniendo.

Jon ARRIETA ALBERDI
Universidad del País Vasco

HISTORIA DEL ARTE E HISTORIA COMPARADA EN SIR JOHN ELLIOTT

Sir John H. Elliott (1939) es no solo uno de los más importantes hispanistas del nuestro tiempo, sino una sólida y reputada figura intelectual en el ámbito global de la historiografía actual. Por ello no puede sino ser bienvenido su último libro, *Haciendo historia* —traducción quizá no demasiado afortunada de su *History in the Making* (2012) que no quedaba aquejado de falsa modestia—, un texto de ese género tal particular y difícil como son las memorias. Si ha querido escribir un libro “a la vez personal e impersonal” —que abarcara los temas de su propia carrera desde la década de los cincuenta— y alejado de las construcciones teóricas cuyo debate no le habría interesado, se trataba de una opción personalísima, en la que se obviaba de alguna manera al individuo —casi sustituido por su contexto— que pasa de John a Sir John sin siquiera una alusión o una fecha. Es evidente que nuestro historiador inglés se ha alejado del género de algunos de sus más recientes cultivadores, del contemporáneo húngaro-americano John [Adalbert] Lukacs (1924)¹ al historiador de arte galés Michael Baxandall (1933-2008), a quien dedica Elliott una cita de refilón². El *memorybook* de éste es, como en buena medida todos, un autorretrato en parte cifrado, entre la rememoración de un detalle vivificador (tal vez con Proust al fondo) de la infancia o de una lectura y un comentario iluminador, a una visión estructural de un quehacer intelectual: retrato impresionista y metafórico.

El libro de Sir John opta por otro tipo de narrativa, en la que el propio autor hace mutis por el foro en la mayoría de las ocasiones y se nos esconde voluntariamente, aunque no es posible en las fotos (3 y 8, aquélla en la Barcelona de 1954 y ésta sentado con Jonathan Brown en 2005, como doble retrato, en la exposición del Salón de Reinos) y en los cuadros (5 y 9) de Stephen Farthing y Hernán Cortés, respectivamente. Nada se nos cuenta de su familia o de su infancia, dos notas sobre la religiosidad de un protestante norteamericano, escasísimas referencias a Sir Herbert Butterfield (1900-1979), a quien parece reconocer como su maestro³, de pasada a Sir Nikolaus Pevsner (1902-1983), su profesor de historia del arte en Cambridge y una de las más importantes figuras de la disciplina, en su Alemania natal o en la Gran Bretaña a la que emigró como judío.

Las páginas (157-188) que se me han encomendado reseñar constituyen el capítulo 5 de su libro, dedicado a la “Historia del arte e historia cultural”, espacio en el que también ha sobresalido. En 1980 Sir John publicó con el historiador del arte americano Jonathan Brown (1939) uno de los libros más importantes de las últimas décadas

¹ LUKACS, J. A.: *Last Rites*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2009 (ed. esp.: *Últimas voluntades. Memorias de un historiador*, Madrid, Turner, 2013).

² BAXANDALL, M.: *Episodes. A Memorybook*, Londres, Frances Lincoln, 2010.

³ La sola enumeración de sus libros de los años de Elliott en Cambridge nos despierta una curiosidad que no parece satisfacer su contribución al homenaje de 1970: *The Diversity of History: Christianity and History* y *The Origins of Modern Science, 1300-1800* (1949); *Christianity, Diplomacy and War* (1952); *Liberty in the Modern World, History and Human Relations* y *Reconstruction of an Historical Episode: The History of the Enquiry into the Origins of the Seven Years' War* (1951); *Man on His Past: The Study of the History of Historical Scholarship* (1955); y *Moral Judgments in History* (1959).

en nuestra disciplina, dedicado al Palacio del Buen Retiro de Felipe IV y Olivares⁴. Si el retrato ecuestre del conde-duque de Velázquez le impresionó en 1950 y 1955-1956 como retrato de la arrogancia del poder, como para citarlo dos veces (pp. 22 y 100) como catalizador de su interés por el personaje, su acción política y su época, de la lectura de este capítulo en el contexto del libro —que discurre de la biografía y la prosopografía políticas a la historia política y de ahí a la historia transnacional, comparada y atlántica en una visión de conjunto de un mundo global— podría desprenderse una idea de que el arte y la cultura ocupan un lugar periférico entre los intereses e intenciones historiográficas de Sir John.

Elliott —con dos libros sobre Olivares a sus espaldas⁵— partía en una nueva salida, acompañado por Brown —un historiador entre la *connoisseurship* y la historia contextualizada del arte español, que fluye más tarde hacia la historia comparada del coleccionismo y la historia atlántica del arte latinoamericano—, de ese interés y dos interrogantes: ¿cómo negociar una época de decadencia como la España de Felipe IV y un Siglo de Oro de la cultura y la pintura de Velázquez? ¿son las obras de arte fiables —frente a los testimonios escritos— para el historiador del carácter de una época y una sociedad? Como los textos, las imágenes son construcciones desiderativas más que retratos anteriores o alternativos a la fotografía, que —como dijera José Ortega— permiten la reviviscencia del pasado, y —con palabras de Baxandall (1972) tomadas de un texto del siglo XIII— servían para instruir, permanecer vivas en nuestra memoria y excitar la devoción (religiosa o política). Hasta el siglo XIX y, quizá más allá, las imágenes —y más las políticas— eran no solo un producto de un talento creativo y de un mecenazgo complaciente, sino una transacción entre comitentes con cultura e ideas, y unos especialistas en la creación de imágenes que satisficieran aquéllas, en el marco de una construcción social que las hacía inteligibles a una sociedad, aunque sus lecturas y respuestas pudieran ser tan plurales como sus posibilidades de acceso, sus habilidades cognitivas y sus estratos culturales e ideológicos les permitieran.

La inserción de un palacio y sus pinturas en un contexto más amplio de consumos ostentosos y afirmación de reputaciones propias, le permite a Elliott un *excursus* sobre los planteamientos historiográficos dedicados a la corte y su cultura, en el que discute las posiciones de la función retórica de la cultura del Barroco de José Antonio Maravall (1911-1986), o el concepto de corte y sus procesos de civilización de Norbert Elias (1897-1990), señalando la mayor operatividad de la antropología simbólica de Clifford Geertz (1926-2006) o las aportaciones de Dame Frances Yates (1899-1981) al papel y tipologías de fiestas, entradas y retratos; consecuencia positiva de la contextualización

⁴ BROWN, J. y ELLIOTT, J. H.: *A Palace for a King, The Buen Retiro and the Court of Philip IV*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1980 (ed. esp.: Madrid, Alianza, 1981; y ed. ampliada: Madrid, Taurus, 2003²). Véase mi entusiasta recensión en “Semblante y semblanza de la pintura española del siglo XVII”, *Cuenta y Razón*, 6, (1982), pp. 91-96. Nos deja intrigados —a quienes nos interesamos por los hombres detrás de sus obras, quizá por ser demasiado curiosos— su referencia a que “siempre habrá alguna tensión que dejará sus huellas sobre la página impresa” (p. 161), pues nada se nos indica de la tarea intelectual de una obra de colaboración, de supuesta fertilización cruzada —*histoire croisée?*— y no solo de yuxtaposición.

⁵ Aunque no había prestado “mucho atención al programa cultural del conde-duque” (p. 162), véase también su recentísimo y excelente “Olivares como mecenas”, en NOBLE WOOD, O., ROE, J. y LAWRENCE, J. (eds.): *Poder y saber. Bibliotecas y bibliofilia en la época del conde-duque de Olivares*, Madrid, CEEH, 2011, pp. 11-24.

cortesana del arte habría sido la revitalización de la historia del coleccionismo, de los objetos de las *arti congeneri* —por decirlo con Vasari— tantas veces mucho más costosos y apreciados que las pinturas, de los regalos como mecanismo de cohesión social.

Ese contexto historiográfico en expansión produciría también trampas de carácter hermenéutico, de la cultura popular a su aplicación en los términos de la microhistoria, la historia de las mujeres o de lo que podríamos llamar la subalternidad. Nos encontramos nuevamente ante la tensión entre la biografía de quien no había tenido biógrafos o apologistas en su tiempo, y se le concedía la palabra en situaciones a contrapelo, por decirlo suavemente, como transcripción ajena de una oralidad propia, y de una historia política que pretende poner orden en los cajones de sastre de la multiplicidad de lo real y proscribir las visiones parciales del mundo⁶. En esa encrucijada, son para Elliott perdedoras la historia cultural y la historia del arte, aun cuando no podamos mantener ya que las artes posean —o solo muy parcialmente— una dinámica propia y que no se agoten en la autorreferencialidad de su quehacer en el seno de un gremio de profesionales.

Palabras fechables y datadas, como siempre las nuestras, dan testimonio de la difícil posición del historiador que ha vivido desde los cincuenta hasta más allá del año 2000 y de nuestra situación siempre paradójica⁷. No obstante, a pesar de esa desconfianza, algunos átomos de información biográfica y cultural pueden ser altamente significativos incluso para la historia política⁸, que depende siempre también del hombre. ¿Y no formaba parte de la política de Olivares su política cultural?, se expresara ésta en cartas y memoriales o en las imágenes al óleo del Salón de Reinos del Buen Retiro.

Después de este capítulo, como ante todo lo que es humano, nos ha sabido a poco este más que interesante ejercicio de dar testimonio de cómo “un historiador ha intentado comprender” (p. 241); aunque me temo que a costa de que no lo lleguemos a comprender a él mismo, evitadas —¿en el justo medio?— tanto una *apologia pro vita sua* como una autodeconstrucción derridiana. El historiador se ha ocultado ¡viva su obra!.

Fernando MARÍAS
Universidad Autónoma de Madrid
Real Academia de la Historia

⁶ Véase en paralelo ROGGE, J.: *Cultural history in Europe: Institutions. Themes. Perspectives*, Bielefeld, Transcript Verlag, 2012.

⁷ Darían testimonio, a pesar de su desconfianza, ensayos magníficos de historia cultural de Sir John como los incluidos en los catálogos de las exposiciones *La almoneda del siglo* (2002) y *El Greco* (2003) o el citado ensayo de 2011; o los discípulos del maestro Elliott que han sobresalido de forma espectacular en el campo plural de la historia cultural.

⁸ Tendríamos que preguntarnos si no explica algo del personaje Olivares su “nombre arcádico” Manlio si, en lugar de aceptar una identificación tradicional con el “mecenas” y cónsul Marco Manlio Capitolino (m. 384 a. C.), optáramos por otra, la del cónsul romano Tito Manlio Capitolino Imperioso Torquato (ca. 347-340 a. C.), como epitome de ejemplo severo y de mandamientos ásperos (*Manliana imperia*) —para Jacopo Nardi y Lope de Vega en su *Arcadia* de 1598—, que había condenado a muerte a su propio hijo por matar a Geminio Metio, de los latinos, transgrediendo la prohibición paterna de no establecer combate singular antes de la batalla.